

MARÍA, MODELO DEL DISCÍPULO, SEGÚN LUCAS

María Carmen Román Martínez

(publicado en *Reseña Bíblica* 61 [2009] 33-42)

Lucas, es el evangelista que mejor ha hecho un retrato de María de Nazaret. Es el autor del tercer evangelio quién más ha resaltado en su obra el protagonismo de las mujeres. Protagonismo que alcanza su máxima expresión en la figura y presencia de María. Ella es modelo del discípulo que ha de recorrer su camino, acogiendo la salvación y asociándolo al de su hijo. La memoria pascual que testimonia Lucas de la historia de María, desde los relatos de la Infancia hasta su presencia en Pentecostés, está caracterizada por la fe, ella es figura y modelo de la fe de la Iglesia. María protagonista de la Historia de la salvación tiene dentro del evangelio de Lucas un papel fundamental como discípula del Señor.

Acercarse a la figura de María no deja indiferente a nadie. Los cristianos de todos los tiempos la hemos invocado como Madre, Virgen santísima, Nuestra Señora en sus múltiples advocaciones. Pero ¿quién es María? ¿Qué nos dice de ella su persona, su presencia, su saber estar, su silencio? Lucas, es sin duda, el evangelista que mejor ha hecho un retrato de ella. A nadie nos pasa desapercibido que es precisamente el autor del tercer evangelio quién resalta de manera notable, el protagonismo de las mujeres en un su obra. Protagonismo que alcanza su máxima expresión en la figura y presencia de María. Lucas la presenta en función de su teología, como modelo de discípulo que ha de recorrer el camino, acogiendo la salvación y asociándolo al de su hijo.

En los relatos de la infancia (*Lc* 1-2), aparece mencionada con su nombre, María. En *Lc* 8,19-21, presenta la relación entre la familia física y la familia escatológica de Jesús, ambas unidas por la acogida de la palabra de Dios: “*Mi madre y mis hermanos son los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*” (*Lc* 8,21). La referencia a la madre de Jesús en *Lc* 11,27-28 nos recuerda que la verdadera bienaventuranza consiste en creer en la Palabra y no en el hecho de concebirla. Finalmente, en el libro de los Hechos de los Apóstoles se presenta a María en la vida de la primitiva comunidad cristiana. “*Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús, y de sus hermanos*” (*Hch* 1,14). María está presente en la comunidad orante de la Iglesia naciente que va a recibir el Espíritu.

La memoria pascual que testimonia Lucas de la historia de María, está caracterizada por la fe, ella es figura y modelo de la fe de la Iglesia. María protagonista de la Historia de la salvación tiene dentro del evangelio de Lucas un papel fundamental como discípula del Señor.

1. DE LA SORPRESA A LA ACEPTACIÓN: ¿CÓMO SERÁ ESTO?

María es una discípula, no en el sentido de que acompañara a Jesús durante su ministerio público, sino en el sentido existencial: alguien que escucha la Palabra de Dios y obra de acuerdo a ella. Así aparece en la Anunciación, como aquella que escucha y pone en práctica la Palabra de Dios. Lucas hace de María el personaje central. En la escena combina dos formas de la narrativa bíblica: el anuncio de un nacimiento y la vocación de un profeta. Ambos tipos de relato siguen una estructura literaria parecida. En primer lugar, aparece el saludo el ángel o de un mensajero celestial, a continuación, viene la reacción de temor por parte del destinatario, a la que sigue una palabra de ánimo. En tercer lugar, se encuentra el anuncio en sí, que pone de manifiesto las intenciones de Dios. En un cuarto momento, la persona a la que va dirigido el anuncio pone sus objeciones, y

finalmente, el relato termina con un signo del poder divino que da seguridad a la persona.

Este género narrativo se utiliza en momentos significativos de la historia de Israel para ambas cosas: para anunciar el futuro nacimiento de alguien importante o para narrar la llamada de personas adultas a colaborar con los planes de Dios. Hay autores que también ven en este relato el esquema literario de alianza, que prevé las palabras de un mediador y la respuesta de fe del pueblo: *“Haremos todo lo que el Señor ha dicho”* (cf. Ex 19,8).

Al comienzo del relato Lucas presenta a los dos protagonistas de la acción: Gabriel y María. También se nos recuerda el tiempo transcurrido desde el relato anterior del anuncio a Zacarías en el templo: seis meses. El ángel Gabriel había sido enviado a Zacarías *“para hablarte y anunciarte esta buena noticia”* (Lc 1,19b). Ahora es enviado a un nuevo personaje del cual se dice muy poco: se llama María, era virgen, prometida a un hombre de la casa de David, vive en una aldea desconocida de Galilea, Nazaret y es pariente de Isabel. Aún sin tener título relevante María es objeto de una mirada especial. Dios le envía su ángel apocalíptico, aquel que anuncia las decisiones últimas de Dios respecto al futuro de la historia: *“yo soy Gabriel, el que está delante de Dios”* (Lc 1,19^a). El saludo de este mensajero *“Alégrate”* recuerda algunos textos veterotestamentarios que contienen esta palabra y exhortan a la alegría escatológica (Cf. Is 6,10; Jl 2,21-23; Zac 10,7). Por eso, María *“se preguntaba qué significaría aquel saludo”* (Lc 1,29). El *“alégrate”* encabeza el anuncio de la Buena noticia que se extenderá por todo el mundo. Según Lucas, la alegría es la respuesta a esa buena noticia que trae la salvación, a la irrupción de una nueva vida, a ese proyecto transformador de Dios. María es la agraciada, ella ha encontrado gracia ante Dios y tiene ante sí un futuro desconcertante: *concebirás*.

Lucas presenta a María bajo el dinamismo sorprendente de la gracia, que culmina en la maternidad virginal. El nombre de gracia va acompañado de una frase singular: *“El Señor está contigo”*. De grandes personajes se decía en Israel que *“el Señor estaba con ellos”* (Jacob, José, Moisés, Josué, Gedeón, Saúl, David, Jeremías; cf. Gn 39,3; Gn 46,3; ISm 18,12; Jr 1,8) sólo así pueden realizar la misión encomendada por Dios. El mensajero sitúa a María entre los grandes salvadores de Israel.

María reacciona ante las palabras y se siente sobrecogida, sorprendida. María se conmueve, se maravilla ante lo nuevo e incomprensible. Dios puede hacer cualquier regalo, superando todo lo imaginable. Gabriel ha revelado a María lo que va a acontecer en ella. Le confía una misión de parte de Dios: ser madre a través de tres acciones: *concebirás en tu seno, darás a luz un hijo, le pondrás por nombre Jesús*. El mensaje es interrumpido por una pregunta de María, situada en el centro de la perícopa: *“¿Cómo será esto pues no conozco varón?”* La objeción de María evoca la objeción de Zacarías: *“¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo y mi mujer de avanzada edad.”* (Lc 1,18). El *“no conozco”* de María está conectado en su condición, de virgen. Ella sólo está *“desposada”*, todavía no convive con José, y en sentido semítico no ha *“conocido”* varón. Nada en el texto da pie a pensar que María había hecho un voto de virginidad.

De ahí, su sorpresa, no sólo por la ausencia de varón para la concepción, sino por la imposibilidad de dar a luz a un hijo *que “se le llamará Hijo del Altísimo y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”* (Lc 1,32-33). El ángel del Señor responde a esa pregunta, María es destinataria privilegiada de un mensaje que es buena noticia para todo el pueblo. Le es revelado de este modo el plan de amor de Dios para con ella: *“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del altísimo te cubrirá con su sombra”* (Lc 1,35)

Ante este acontecimiento, la fecundidad de Isabel, que era estéril, se convierte en un signo. La Palabra de Dios se cumple, va a ver la luz. María se declara *“sierva del Señor”* como Ana, la madre

de Samuel, cuando le suplicó al sacerdote Elí: “*Que tu esclava encuentre favor a tus ojos*” (1Sam 1,18). María se autopresenta como la humilde sierva, acepta el plan de Dios para con ella, no como respuesta a sus deseos, sino como aceptación al deseo de Dios. María es llamada por Dios para una misión. Ella es la discípula que desde el comienzo acoge el Misterio de su Hijo en una actitud de obediencia, disponibilidad y aceptación.

2. DE LA INVITACIÓN AL SERVICIO: SE PUSO EN CAMINO

Tras el encuentro con el ángel, María se pone en camino con prontitud a una ciudad de Judá y entra en casa de Zacarías. El episodio de la visita de María a Isabel está narrado según el modelo que aparece en 2Sam 6,2-16 sobre el traslado del arca. En ambos relatos se suceden las manifestaciones de gozo, David y todo Israel “*iban danzando delante del arca con gran entusiasmo*” (v.5), como el niño en el seno de Isabel “*empezó a dar saltos de alegría*” (v. 41.44). El verbo “exclamar” es usado en sentido litúrgico cuando se alaba a Yahvé presente en el arca (cf. 1Cron 16, 4.5.42). María es el arca de la nueva alianza, lugar de la presencia de Dios con nosotros.

María percibe la invitación a salir de sí misma, de su ciudad, a que se reconozca la noticia de ser portadora de la Gloria de Dios, de su Presencia. Lucas le da gran importancia al saludo que María dirige a Isabel (es mencionado tres veces Lc 1,40.41.44) y las reacciones que provoca: el niño salta de gozo en el seno de Isabel y ella misma queda llena del Espíritu Santo. Lo anunciado se está cumpliendo. El salto de gozo es para Lucas expresión del gozo de los tiempos mesiánicos. El saludo a Isabel responde a su condición: hija de Aarón, mujer de sacerdote y anciana. María es saludada en su nueva condición: Bendita entre las mujeres y “madre de mi Señor”. La proclama “bendita entre las mujeres” a causa de su fe en contraste con la incredulidad de su marido, Zacarías. El no creyó, María sí (Lc 1,20), por eso es bendita, como lo fueron en el antiguo Testamento Yael, la mujer de Jéber el quenita (Jue 5, 24) y Judit (Jdt 13, 18) por haber sido instrumentos de Dios.

Al llamar Isabel a María “la madre de mi Señor” (v.43) está afirmando que María es la madre de aquel a quién Dios ha constituido Señor y Mesías. Y todo esto es en cuanto a creyente, figura de una verdadera discípula. “*¡Dichosa tú que has creído! Que lo que ha dicho el Señor se cumplirá*” (v 45). Ser discípula implica servir al Salvador, ponerse al servicio de la palabra de vida, una vida que brota, y que es reconocida en el seno de una estéril. María es llamada también bienaventurada, dichosa por ser creyente. Ella ha creído como Abraham. Mientras Zacarías permanece mudo, María, si puede hablar. No se recluye en casa, sino que sale de ella y se lanza a realizar un viaje hacia la región montañosa. La fe le da la palabra y la movilidad. María es discípula y se pone al servicio de su Hijo. La voz, el saludo de María, transforma a Isabel y suscita la alegría de los últimos tiempos. Y es en este momento cuando María proclama su Magnificat.

3. DEL LAMENTO AL CANTO: HA MIRADO LA HUMILDAD DE SU SIERVA

Toda la tradición de manuscritos griegos y todas las versiones, exceptuando unos pocos manuscritos latinos, atribuyen el Magnificat a María. Es el primero de los cuatro cantos (Magnificat, Benedictus, Gloria in excelsis, Nunc dimittis) que celebran la alegría del cumplimiento: Los encontramos todos en Lucas 1-2. Los cuatro cánticos están unidos por el tema de la alegría, del exultar de gozo por la presencia de la salvación. Se cumple aquello que había sido prometido y que Israel había esperado con intensa esperanza. El cumplirse de la salvación hace estallar el canto.

Lucas pone en labios de María este cántico, tal vez viera en él reflejado los sentimientos que correspondían a la visión que tenía de ella. Al presentarla como la portavoz de la esperanza de los pobres, señala en ella la figura de la primera discípula cristiana. Se refleja también la predilección

de Jesús por los pobres, por los últimos que acentúan la llegada del reino de Dios (pecadores, mujeres, samaritanos) y transforma el luto en canto (cf. *Sal* 29, 12).

El cántico está ambientado en la casa de Zacarías (*Lc* 1,40) y constituye la respuesta de María a las palabras de Isabel. El Magnificat presenta una relación temática con el contexto que lo precede: 1) la alegría: el alegrarse de María (*Lc* 1,47) remite al salto de alegría de Juan en el vientre de Isabel (*Lc* 1, 44). 2) La designación de esclava, “*ha puesto los ojos en la pequeñez de su esclava*” (*Lc* 1,48) recuerda las palabras precedentes: “*He aquí la esclava del Señor*” (*Lc* 1,38). 3) Las palabras del Magnificat: “*Todas las generaciones me llamarán bienaventurada*” (*Lc* 1,48) se unen al saludo que le ha dirigido Isabel: “*bienaventurada la que ha creído*” (*Lc* 1,45). 4) El poder de Dios: se puede vislumbrar una referencia entre la declaración: “*el Poderoso ha hecho cosas grandes*” (*Lc* 1,49) y las palabras del ángel Gabriel: “*nada hay imposible para Dios*” (*Lc* 1,37).

Los protagonistas son respectivamente María y el Señor. En el centro de la escena está solo ella, la madre-sierva del Señor, toda dirigida hacia El. El movimiento de los vv. 46-50 se refieren solamente a María, mientras el segundo movimiento (vv. 51-55) se alarga al escenario más amplio de la historia humana, abarcando todo un pueblo (Israel) y a todas las generaciones. El canto de María es ahora el canto de los pequeños y de los pobres.

Es Yahvé el que ha hecho proezas, ha disperso a los soberbios, ha derribado a los poderosos, ha exaltado a los humildes, ha colmado de bienes a los hambrientos, ha despedido a los ricos y ha auxiliado a Israel. En el Magnificat se da una relación temporal de pasado, presente y futuro. La intervención divina celebrada por María cumple aquello que Dios había anunciado a nuestros Padres. Aquello que Dios ha cumplido en el pasado, aquello que él cumplirá en el futuro y aquello que ha comenzado a obrar en María.

Lucas presenta a los pobres como aquellos que dependen en todo de Yahvé y gritan a El su aflicción. Los pobres del Magnificat son, pues aquellos a quienes Dios ya ha ayudado y liberado. María proclama por anticipado el Evangelio. Ella queda inserta entre los “abatidos del país”, entre los pobres. Todo lo que ha sucedido en la humilde esclava de Dios, se torna canto, alegría, se convierte en felicitación por todas las generaciones y es a su vez motivo de esperanza para el pobre, el que sufre, el que se lamenta.

4. DE LA CONFUSIÓN A LA LUZ. OS ANUNCIO UNA GRAN ALEGRÍA

Después de la visitación nos dice Lucas que María volvió a su casa. El capítulo 2 se inicia con el viaje de María y José de Nazaret a Belén. De nuevo, María vuelve a tener un protagonismo singular acompañada de José. En primer lugar ambos participan de una movilización general, debido al edicto imperial ordenando que se empadronase todo el mundo. El edicto de César Augusto se convierte así en instrumento de los planes de Dios, en la circunstancia histórica que hace que Jesús vaya a nacer en la ciudad de Belén.

En el relato del nacimiento de Jesús, María asume el centro de la acción: ella es la que da a luz a su hijo primogénito, la que lo envuelve en pañales y la que lo recuesta en un pesebre porque no había lugar para ellos en el alojamiento (*Lc* 2,7). En una noche de gentío, algarabía y confusión no hay lugar para ellos. Esto puede resultar incluso escandaloso, Jesús nace como un pobre: el Hijo de Dios, el Santo, el Altísimo, el Rey del reino eterno no encuentra lugar. Lucas le da también una gran importancia a las dos últimas acciones de María, hasta el punto que el ángel del Señor las presenta como el signo por el que han de reconocer a Jesús los pastores. Se trata de una triple situación inicial de Jesús que se vuelve a repetir al final de su vida: expulsado de la ciudad, envuelto en una sábana y reclinado en un sepulcro.

La aparición del ángel y el anuncio de una buena noticia a los pastores contrasta con la escena anterior. Era de noche pero la gloria del Señor envuelve a los pastores con su luz. Luz que disipa el temor, y anuncia la alegría para todos: *“No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor”* Revelación cristológica, Jesús es el auténtico *Soter* que libera del dolor, de las enfermedades, de la marginación y la pobreza y nos regala la alegría y el gozo de la salvación. El nacimiento del hijo de María es la gran noticia que debía esperar el pueblo de Dios. Aunque este mensaje comunicado a los pastores contrasta con el edicto del emperador Augusto comunicado a todo el imperio. Este niño que nace en la ciudad de David será fuente de alegría no sólo para los pastores sino para todo el pueblo.

El ángel de Dios así se lo anuncia a los pastores, que se convierten en auténticos comunicadores. Al igual que María ellos se ponen en camino, tienen que buscar para encontrar y para ello se les da una pista, un signo. También María, después de recibir la buena noticia, hubo de ponerse en camino para contemplar el signo de Dios: una anciana estéril que había concebido. María y los pastores se apresuran en su camino. Los pastores se convierten en mensajeros de los ángeles, en portadores de revelación, María lleva la revelación en sí misma. Los pastores van a ver la palabra, y después de haber visto dan a conocer la palabra-acontecimiento, se convierten en testigos.

La reacción de María, sin embargo, es replegarse hacia su interior: *“María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.”* (Lc 2,19). Entre los oyentes que escuchan, guardan y confrontan la palabra está María. Ella rumia la palabra en su esfuerzo por comprender el significado profundo de lo que ha vivido y lo que le han contado los pastores. María es el prototipo de discípula que no se contenta con escuchar la palabra, sino que la guarda en su corazón. Esta referencia parece indicarnos el esfuerzo de fe que supone esta experiencia. Junto con los pastores y los que escuchaban asombrados su relato, aparecen distintas reacciones a la palabra de Dios. La virgen madre es el modelo del discípulo oyente profundo y no superficial de la Palabra.

1) *Como está escrito en la Ley del Señor*

Los episodios de la circuncisión e imposición del nombre al niño “pasados ocho días” y de la presentación de Jesús en el templo pueden considerarse como parte de la unidad literaria del nacimiento (Lc 2,21-40). La circuncisión se cumple para obedecer la Ley de Lev 12,3; y el rescate del primogénito varón según Ex 13,1.11-16. La purificación de la mujer mediante la ofrenda de un cordero o de un par de pichones o de tórtolas, según Lev 12, 2-4, 6-8 y 5,7. Parece que la intención de Lucas en los vv 21-24 consiste en subrayar la fidelidad de José y María a las prescripciones de la Ley mosaica.

La primera visita al templo, dónde se pone de manifiesto el cumplimiento del plan de Dios manifestado en la Ley, termina con dos personajes: Simeón, hombre justo y piadoso que aguardaba el consuelo de Israel y que movido por el Espíritu testifica el destino del niño presentado en el templo. Más tarde aparece una anciana profetisa, Ana, que hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Israel (Lc 2, 38).

2) *Luz para iluminar a las gentes*

Simeón tomó al niño en sus brazos (Lc 2, 28), y bendice a Dios con un himno: el *“Nunc Dimittis”*. En él canta la salvación de Israel, cántico de la promesa cumplida, de la esperanza realizada. Los padres estaban maravillados por lo que se dice del niño. Simeón los bendice y anuncia a la madre que estará vinculada con el destino de su hijo. Aquel en quién viene a cumplirse la promesa de la elección de Dios es también “signo de contradicción”, objeto de acogida y de

rechazo por parte de Israel. Estas palabras anticipan el destino de Jesús, al que está unida María: “y a ti misma una espada te atravesará el alma” (Lc 2, 35). La *espada* en lenguaje bíblico evoca la Palabra de Dios (cf. *Is* 49,2; *Sab* 18,15, *Ap* 1,16, *Heb* 4,12). La palabra está presente como “*luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel*” (Lc 2,32). La espada que atravesará el corazón de María será la palabra de Dios, que se hace presente en su hijo Jesús, palabra que no le ahorrará el esfuerzo de creer, de guardar y meditar acontecimientos y palabras. La misión de María aparece asociada a la de su hijo.

3) *Te andábamos buscando*

El Evangelio de la infancia se cierra con el episodio de la presencia de Jesús, con 12 años en el templo. Lucas presenta el relato como revelación del Hijo, que se toma en serio la voluntad de su Padre: “¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?” (Lc 2, 49). Jesús se auto proclama “Hijo de Dios Padre”. La intención del evangelista parece ser representar en la narración el anuncio de la Pascua: el lugar es Jerusalén, después de tres días de pérdida, angustia y dolor y la falta de comprensión de los padres. “*Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón*” (Lc 2,51). María es la creyente, el modelo de fe en la relectura pascual de la iglesia naciente. Ella guarda en un silencio sonoro atenta a descifrar su sentido. Lucas pone de relieve el itinerario progresivo de aquella que caminó en la fe como verdadera discípula.

5. DEL OCULTAMIENTO A LA PRESENCIA

Durante el ministerio público de Jesús, María no es llamada por su nombre, aunque encontramos dos referencias a la madre de Jesús (8,19-21; 11,27-28). La presencia de María en este período es bastante escasa. Si nos adentramos en el pensamiento teológico lucano podemos caer en el cuenta que lo que le interesa a Lucas es situar a María en cuanto símbolo del discipulado, que tiene su origen en los relatos de la infancia, durante la vida pública de Jesús y llega hasta los comienzos de la Iglesia. El conjunto del testimonio de Lucas sobre María presenta una profundidad teológica y un concepto muy positivo de ella.

Según Lucas, los paisanos de Jesús no hacen referencia ni María, ni a los hermanos, ni a su profesión de carpintero, en el rechazo de Jesús en Nazaret (Lc 4,16-30). Sólo a José como padre de Jesús; resulta curioso que Marcos, que no cuenta nada de la infancia de Jesús, haga referencia a ser “hijo de María”, y Lucas, que si habla de María, solo diga “hijo de José”. ¿Reflejan tal vez dos tradiciones distintas? Más bien el evangelista, no quiere colocar a María y a los hermanos de Jesús en un contexto de incredulidad.

1) *“Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen”*(Lc 8, 19-21)

La escena del encuentro de Jesús con su familia también es modificada profundamente por Lucas. El la sitúa en el contexto de la parábola del sembrador. Jesús, en este caso, no cuestiona su relación con ellos, sino que afirma que su madre y sus hermanos son los que oyen la palabra de Dios y la cumplen. Ellos forman parte de la familia espiritual de Jesús porque son como la semilla que cae en tierra buena. La respuesta de Jesús no implica una renuncia a los vínculos familiares, lo que quiere decir que existe otro tipo de vinculación a su persona que trasciende los lazos familiares. La relación de discípulo de Jesús consiste en la adhesión voluntaria y libre a la palabra y persona de Jesús.

2) *“Dichosos más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan”* (Lc 11,27-28)

De nuevo en esta referencia explícita a la madre de Jesús, Lucas la sitúa entre los primeros discípulos perseverantes en la fe. Jesús vuelve a insistir que la auténtica bienaventuranza viene de oír la palabra de Dios y guardarla. Estas son las razones de la dicha y no solo por haber llevado en su seno y haber amamantado a Jesús. Más que su maternidad biológica y sus relaciones maternas con Jesús, se destaca su fe y sus relaciones con Jesús como creyente.

6. Y UNA VIDA EN EL ESPÍRITU

Finalmente, en los Hechos de los apóstoles, la segunda parte de la obra de Lucas, aparece también María, la madre de Jesús, en el momento fundacional de la comunidad cristiana, cuando el Espíritu la consagra para cumplir su misión: *“Todos ellos perseveraban en la oración, con un mismo espíritu, en compañía de algunas mujeres, y de María la madre de Jesús, y de sus hermanos”* (Hch 1, 13-14).

María, la madre de Jesús, aparece integrada en el grupo que espera la venida del Espíritu. En él ocupa un lugar importante. Para Lucas, María no forma parte de ninguno de los tres grupos (apóstoles, mujeres, hermanos de Jesús), sino que constituye un personaje aparte. María fue coherente desde la anunciación-vocación hasta el momento constituyente de la comunidad de Jesús de cara a la historia futura. Al mismo tiempo como en la anunciación-vocación, ahora también María se ve agraciada con el Espíritu Santo, que desciende sobre ella en la comunidad. María es comunidad cristiana.

María sigue presentada como la creyente, que consiente a la palabra de Dios en la fe y se deja conducir por ella en una revelación progresiva del misterio. Ella es verdadera discípula, figura del discipulado, modelo de asentimiento a la palabra de Dios, a la iniciativa divina, que se deja modelar por el Eterno. La Iglesia naciente y la Iglesia hoy se sigue mirando en ella para encontrar la respuesta al camino de la fe.